

LA PROPENSIÓN METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA

ALFONSO MAGALLÓN DE LA VEGA

NO es una novedad, en modo alguno, la introducción de conceptos y elementos de fundamentación filosófica idealista en la Economía Política. En rigor, mucho antes de que hubiera madurado la economía científica a manos de los principales economistas clásicos, aludiendo por ellos específicamente a Adam Smith y David Ricardo, ya se habían realizado muy serios intentos de encajonar a la Economía en la conceptualización idealista. El mismo año, por ejemplo, en que vió la luz *La Riqueza de las Naciones*, o sea en 1776, apareció también la obra de Esteban B. de Condillac, *Consideraciones Relativas al Comercio y al Gobierno*, en la que se da una versión de los conceptos fundamentales de la Economía basada en el solipsismo de Berkeley y en la escuela sensualista francesa; de manera que frente al pujante desarrollo de una economía objetiva referida a fenómenos y categorías de carácter eminentemente social, medraba también una interpretación económica que ha propiciado el florecimiento de conceptos que constituyen verdaderas supercherías pero que, sin embargo, disfrutan de la mayor deferencia y respeto en los ámbitos de la economía académica. El fetichismo de las mercancías, que Marx explicó en el primer capítulo de *El Capital*, describe cabalmente los orígenes y la razón de ser de esta fuente de error que consiste, en esencia, en atribuir a objetos inanimados facultades que están más allá de su naturaleza física. En este sentido, se trata de una conceptualización metafísica de la economía, conceptualización que ha ido enriqueciendo su acervo y que a estas fechas cuenta con recursos de gran importancia.

No es necesario, en efecto, realizar un gran esfuerzo para localizar en cualquier clase de documentos económicos conceptos tales como el de "ingreso *per capita*" con el que se pretende generalizar científicamente el monto de los ingresos individuales en el seno de la so-

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

ciudad, mediante el sencillo procedimiento de dividir el ingreso total entre el número de individuos, y tomar el cociente como cifra representativa del ingreso individual. Es evidente sin embargo que un promedio aritmético sólo tendrá la facultad de representar un fenómeno cuando se cumpla el elementalísimo principio de que la suma que figura como numerador lo sea de elementos homogéneos. En el caso del ingreso *per capita*, dicho numerador está compuesto por elementos sociales cuyas diferencias individuales suelen ser consideradas poco significativas o meramente incidentales, olvidando así el verdadero carácter heterogéneo de la sociedad de clases.

Este olvido de la composición heterogénea de la sociedad capitalista motiva también una concepción desligada de la realidad en materia de ahorro nacional, al que se le maneja como una categoría psicológica regulada por el mayor o menor grado con que el conjunto de individuos que forman la sociedad propendan a cultivar el hábito del ahorro, o, en el mejor de los casos, por las circunstancias específicas de la época que inducen al sujeto a estimar que el ahorro resulta conveniente para sus intereses. Semejante forma de concebir el ahorro nacional supone tanto como atribuir responsabilidad pareja a todos los individuos de la sociedad en las vicisitudes que sufra la economía del país, con las únicas e incidentales diferencias determinadas por la fortuna personal de cada hombre. Esta concepción desconoce, sin embargo, la existencia de la mercancía fuerza de trabajo. El contrato que realiza el empresario con el trabajador, por el cual el primero se obliga a pagar un salario, a cambio de la obligación que contrae el segundo de gastar su energía en el trabajo que el patrón le indique, es la misma operación, bajo formas jurídicas e históricas diferentes, que aquella en la que el señor feudal o el colono norteamericano compran un esclavo para imponerle las tareas que le convengan. Se olvida que si la fuerza de trabajo es mercancía, ha de cambiarse en su valor; de otro modo no sería posible su intercambio.

Ahora bien, el valor de esta mercancía no puede ser diferente

METAFÍSICA Y ECONOMÍA

del valor de las demás mercancías y cobra expresión particular y concreta en el salario real, que es con precisión la cantidad de bienes satisfactores necesarios para el sostenimiento del trabajador. Este concepto de la mercancía “fuerza de trabajo” y su valor, que Marx estableció como característica del capitalismo, excluye la posibilidad de que la clase trabajadora, formada por individuos que disponen por todo patrimonio de su propia capacidad de trabajo, llegue a producir, mediante el ahorro, un volumen de recursos importante. El ahorro sólo puede entenderse como una porción de la plusvalía, puesto que no sólo es la única parte del capital que produce un excedente sobre el gasto en consumo de quien la detenta, sino que además, su inversión productiva se convierte en la esencia misma del sistema. Es posible que existan asalariados cuyos caracteres personales les induzcan al sacrificio de sus necesidades presentes para tratar de asegurar la satisfacción de las futuras; pero, en todo caso, ese no es un fenómeno social; y si ha de ser ciencia, la economía debe ser social ante todo. El hecho es que el salario cubre escasamente las primeras necesidades del trabajador y que cualquier aumento en el ingreso del asalariado encuentra siempre ingentes necesidades que cubrir. De este modo, en la sociedad capitalista el ahorro resulta ser una función exclusiva de la plusvalía y no del salario. Es verdad que, por ejemplo, los bonos del ahorro nacional se venden entre toda clase de gente; pero no cabe duda de que su volumen más importante encuentra colocación en la plusvalía nacional. Pero, además, el hecho de que haya una parte de los salarios que se invierte en esta forma de ahorro no hace sino demostrar el alto grado de evolución alcanzado por los sistemas de despojo que funcionan en el capitalismo, en la forma de la competencia monopolista llamada específicamente “competencia por el dólar del consumidor”; fenómeno cuya esencia explicó magistralmente Mark Twain diciendo que es una forma de economía en la que se venden al consumidor cosas que no necesita, y como las ha de pagar con dinero que no tiene, debe ponerse a trabajar para poder hacerlo, de donde resulta que en parte

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

trabaja para sostenerse a sí mismo, y en parte, también, para sostener al fabricante de cosas innecesarias. A la luz de estas observaciones del agudo pensador norteamericano, tiene explicación económica el auge descomunal de industrial tales como la de Coca Cola, la automovilística, la de goma de mascar, la televisión, y sobre todo, en esta hora trágica, la de los armamentos, que constituyen una muestra de lo que es en realidad el tan ponderado nivel de vida del pueblo norteamericano.

El concepto de ahorro nacional subordinado a factores de orden psicológico carece, pues, de sustentación real; se trata de una categoría ideológica en la que se pretende amoldar una realidad que no cabe en ella.

En general, la doctrina toda sobre el desarrollo económico está llena de elementos conceptuales que carecen de fundamento real. Así, la industrialización se ha convertido en una verdadera mística económica; se dice que los países retrasados deben industrializarse porque es la forma como sus pueblos pueden elevar su nivel de vida, partiendo de la observación simple de que el nivel de vida de las clases trabajadoras de los países industriales es generalmente superior al que registran los países semicoloniales. Establecido en esta forma, el principio de la industrialización se convierte en un postulado acabado e intocable con pretensiones de validez absoluta.

No obstante, es indudable que, contra las apariencias, la industrialización de los países no resuelve por sí sola los problemas reales que éstos sufren; por lo regular, este tipo de desarrollo industrial se caracteriza por la obtención de tasas de plusvalía muy superiores a las que se obtienen en otros países; la mano de obra barata no significa sino que a un mejoramiento determinado de las condiciones materiales de vida del trabajador corresponde un provecho desmedido por parte del capitalista que lo explota. Y el resultado de semejante forma de desarrollo económico ha dado lugar a la veloz concentración de la riqueza en manos de una joven y voraz burguesía. De esta manera, el mejoramiento económico de los pueblos por

METAFÍSICA Y ECONOMÍA

la industrialización resulta un mito; se cambian la forma y la intensidad de la explotación del trabajo; aquélla se convierte en un modo de vida específico del capitalismo industrial, con las características que le son peculiares: la ampliación de los servicios públicos en las formas urbanas y un mejoramiento relativo de las condiciones de vida del trabajador en comparación con las que se observan en el régimen de explotación feudal; pero en cambio ésta, la intensidad, crece a tal punto que revela con claridad la esencia de lo acontecido, que es la implantación de un método nuevo y muy eficaz para explotar la mano de obra.

Pero, además, esta concepción es el punto falso de donde arrancan las modernas doctrinas acerca del desarrollo económico, que por esta razón resultan apartadas de los problemas reales de la sociedad. Es una corriente de opiniones económicas perfectamente definida la que afirma que una equitativa distribución del ingreso nacional constituye el medio más efectivo para lograr, mediante el ahorro, el progreso de las economías retrasadas; pero esta forma de pensar no adelanta con rigor científico un solo paso en el esclarecimiento de la forma como puede conseguirse esa mejor distribución. Para que pueda ocurrir lo que se ha dado en llamar “una mejor distribución del ingreso” precisa suponer las siguientes condiciones necesarias: 1) que no aumente la cantidad de dinero en circulación; 2) que los precios no suban; 3) que aumenten los salarios; 4) que, por lo menos, no disminuya lo que alambicadamente se ha dado en llamar el volumen de ocupación, y 5) que aumente la producción agrícola e industrial. Todo lo cual puede resumirse en un solo punto simple y sencillo: que no haya ganancia, lo que supone tanto como pedir llanamente que no haya capitalismo. Cabe hacer notar lo que ya ha sido aludido arriba, o sea que aun en países con un alto nivel de vida la masa trabajadora sólo dispone de lo indispensable para vivir puesto que el mecanismo de los precios mantiene a éstos siempre por encima de los salarios. Los medios que se proponen para lograr la llamada mejor distribución del ingreso consisten funda-

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

mentalmente en políticas fiscales y crediticias combinadas que no alcanzan a tocar la distribución fundamental del capital; el salario sigue siendo el precio de la fuerza de trabajo consistente en la cantidad de satisfactores necesarios para la vida del trabajador y la plusvalía sigue teniendo su origen en el mismo trabajo no retribuido al obrero. Lo que puede variar, sin duda, son las proporciones en que se combinan los elementos integrantes del capital y que dan lugar a los fenómenos a que involuntariamente se refieren estas doctrinas cuando tratan de formular el procedimiento, por una parte, para mantener la estabilidad del sistema y, por otra, para mejorar el nivel de vida de la población. Se trata de reducir la tasa de plusvalía, pero sin soñar jamás en eliminar la plusvalía; de reducir la tasa de ganancia, pero sin eliminar la ganancia, y sobre todo, se trata de mantener la estabilidad del sistema sin modificar la tendencia ascendente de la composición orgánica del capital, con todas las consecuencias que esto motiva en la generación de las crisis.

Una doctrina sobre el desarrollo económico de los países retrasados que utiliza como conceptos de capital importancia el de "elevación del nivel de vida", que no es sino la forma de aludir a un sistema de explotación humana de eficiencia superior; el de "ingreso *per capita*", que constituye una entidad nebulosa con señalados caracteres animistas; el de "ahorro nacional", que no es ahorro porque no está formado por una parte del gasto ordinario en consumo que se reserva previsoriamente, sino por una parte de la plusvalía cuya inversión productiva constituye la motivación esencial del sistema económico, y que no es nacional porque sólo lo realiza una pequeña parte de la población, y tantos otros cuyo examen no cabría en los límites de este artículo; una doctrina así no puede enfrentarse con éxito a problemas económico-sociales en los que se ventilan cuestiones como la demanda de la tierra en forma del problema agrario; como la demanda de ocupación para todos los hombres; como la carestía de la vida; en suma, como la incapacidad económica del consumidor para absorber el volumen de mercancías pro-

METAFÍSICA Y ECONOMÍA

ducido; incapacidad que, como mal incurable del capitalismo, resume las contradicciones del régimen a la vez que señala el remedio, que no puede ser otro que la distribución social de la riqueza y del producto del trabajo. Así lo están exhibiendo acontecimientos históricos tales como la Revolución Mexicana.

La concepción fundamental de las llamadas doctrinas sobre el desarrollo económico se encuentra alejada del verdadero contenido social de las cuestiones de la economía y, aparentando buscar mejores formas de vida para los pueblos, no hace sino simples intentos de evitar la bancarrota del sistema, y ello aun sin atreverse a reconocer el origen de los males que le aquejan; y aferrándose al falso planteamiento de los problemas, planteamiento que es falso porque trata de encajar en él la realidad en vez de buscar la forma científica de explicar la realidad. En este sentido, nuevamente, se trata de una concepción metafísica de la economía.

Las exposiciones teóricas que se fabrican con estos instrumentos, aun las que se autodenominan heterodoxas, resultan en verdad desafortunadas en sus intentos de plantear y resolver las cuestiones del desarrollo económico. Desde luego, suelen carecer de una idea clara y definida acerca del significado y alcances de esta expresión; parece como que aceptan tácitamente que el objetivo, que es al propio tiempo la justificación, consiste en alcanzar un grado de desarrollo industrial parecido al que se observa en los países altamente desarrollados, por el desarrollo industrial mismo; como si eso, en primer lugar, fuera posible, y en segundo, como si fuera la forma de solucionar las necesidades y las inquietudes de la población. Siempre queda en el aire, en este tipo de exposiciones, el significado y el sentido social del término desarrollo económico, que por esta razón adquiere ese carácter místico a que antes se ha aludido.

Particularmente en las exposiciones de la más novedosa heterodoxia cobra fuerza esta versión irreal del desarrollo económico, al que se le señala como el mejor camino, en una empinada etapa inicial, la política de expansión inflacionista a base de déficit presu-

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

puestales que darían lugar a una pronunciada tendencia de acumulación de la riqueza. Se piensa que una vez que la evolución haya alcanzado cierto grado de madurez revelado por síntomas determinados, será posible continuarla, en la segunda etapa, por el camino de la expansión selectiva del crédito auxiliada por la política fiscal, cuya finalidad sería recoger los ingresos excedentes y redistribuirlos después por el camino de los servicios públicos, de manera que resuelve los problemas de todo el mundo, porque por una parte, para decirlo en el lenguaje académico, se corrige considerablemente la defectuosa distribución del ingreso, y por la otra, dicha corrección no redundaría en perjuicio de los propietarios y empresarios, ya que desarrollo económico significa tanto como una alta tasa de inversión, y ésta a su vez supone por necesidad que el ingreso vaya siempre en aumento. De manera que a largo plazo y mediante este procedimiento será posible alcanzar el objetivo final. Esta política representada para el consumidor en la primera etapa la elevación fenomenal de los precios de los artículos necesarios para su subsistencia, y en la segunda, la elevación también de los precios de los mismos artículos, aunque ya no sea una elevación fenomenal; pero en cambio, desde el principio del proceso verá mejorar sus condiciones de vida material, en el sentido de que dejará de padecer los sufrimientos inherentes al siervo o al peón para empezar a disfrutar de los que corresponden al proletario.

No cabe duda que esta forma de entender los problemas carece de arraigo en el terreno firme de los problemas económicos como acontecimientos sociales, y es posible que no interese mucho a los gobiernos, si son consecuentes con los intereses populares que se supone representan, llevar a cabo una política deliberada de encarecimiento del costo de la vida; y aun cuando no sean consecuentes, que es lo más probable, resulta que el proceso de producción capitalista es siempre superior al incremento de la demanda efectiva en virtud de la acumulación de capital que genera; y pretender que el desequilibrio que este hecho produce puede corregirse mediante una

METAFÍSICA Y ECONOMÍA

política impositiva destinada a la inversión de los ingresos excedentes en servicios públicos no pasa de ser un buen deseo porque sería necesario considerar ingreso excedente a todo aquel que no provenga del salario. Y en última instancia, si el desarrollo económico ha de servir únicamente para cambiar la forma de los padecimientos de la sociedad, es preferible a todas luces que no haya desarrollo económico, ni economistas que lo recomienden. De todo lo cual resulta que el desarrollo económico constituye también para la heterodoxia keynesiana un ente metafísico; una categoría que está por encima de la naturaleza real de los problemas sociales.

Lo verdaderamente grave de la propensión de la economía hacia la metafísica estriba en que va adquiriendo manifestaciones que lindan en lo alarmante. Así, por ejemplo, en fechas recientes ha ganado prestigio y publicidad la teoría económica de la segunda revolución norteamericana, que según la explicación de Lewis Galantieri, eminente crítico de arte y comentarista de asuntos internacionales, comenzó como una idea muy sencilla que se le ocurrió al finado magnate Henry Ford, "quien comprendió —dice Galantieri— que si quería vender automóviles a mucha gente, tendría que pagar salarios altos para que sus propios trabajadores pudieran permitirse el lujo de adquirirlos". Y que la causa por la que las cosas andan mal en Europa se debe, en primer lugar, a que los comerciantes y los industriales no se han compenetrado de esta idea, y en segundo, a que quienes gobiernan los países europeos occidentales no son los comerciantes y los industriales, sino una vieja casta de políticos incapaces de comprender las ideas progresistas del dinámico empresario norteamericano.

La subordinación de los acontecimientos económicos a las ideas, en vez de las ideas a los acontecimientos en la forma un poco ruda en que la explica Galantieri, es en general la tónica que caracteriza a las modernas exposiciones teóricas y que hace suya como expresión de sus doctrinas el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. Conviene notar que el artículo en que Galantieri dice esas

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

cosas ha sido publicado en forma especial por el órgano del Servicio de Información de los Estados Unidos: la edición de octubre de la *Revista Americana*.

Es de temer que si continúa esa propensión hacia la metafísica, muy pronto la del economista será una profesión de hechicería.